

Tomás Cohen

UN ÁRBOL
DE LUZ ÍNTIMA



Poesía

bastante

BAUSPIELPLATZ

Ya querría haber crecido aquí
en Hamburgo, donde parte del parque se reserva
para que los niños jueguen a la construcción;
nadie que pretenda ser persona terminada
se queda: el adulto
puede solo pasar a dejar o a buscar
su valeroso recuerdo, su persistente primavera,
aquel personaje escrito para sobrevivir al autor,
al lector y al final de la novela— su hijo.

EXVOTO

Para Béla Bartók e Isabelle Faust

Cuando soy el muerto
y quiero resucitar
escojo la sonata que me dejó solo
en público, niño alucinado
temblando en una primera fila de concierto
mi primera pasión. Te miré entonces,
transparente en el aire, a ti
mapa de alientos
como si fuera tu hijo:
tu soledad es compañía.

Nazco muy tarde para brindar contigo
pero hay un licor mineral en mi sangre
que tu música inyecta. Compositor de mí,
tu instauración de intuición, oída a oída.
Cuando la senilidad anticipada acecha
y la intimidad se instituye,
tú rememoras magma: sí, que esto pétreo
alguna vez fue suave y quemante y latía.

Con música en carne viva,
restaura ahora al niño de noche en su pieza,
ese cuyo baile hace oscilar
las lámparas del cielo del piso de abajo—
ese niño vuelvo a ser
cuando te escucho. *Venga mi niño*

a acompañar a su adulto
(que no es su padre, sino su tumba)
y dele el cariño
que da el preso a sus barrotes.

Los últimos acordes
exhalan su armónico en la pieza apagada
donde el niño para de bailar
hediondo a hombre, deslizado con cuidado
luz de luna sobre sus tendones.
Últimos acordes que
años lejos funden su fantasma
en jadeos de amores concertados
con tus clímax en grabación,
cuando serás de fondo... amores que el niño
no sabe e inhala: moléculas
del aire que conmueves.

Vivo ahora en la violinista
orgullosa del silencio que ha creado,
toma estas manos de laurel
al final de un concierto:
las izo a ti
por las deidades cosquillosas
que siembras y trotan dentro mío.

Aplaudo niño y adulto,
solo y en público, vivo y muerto
y renacido, en tu honor.
Silbándote en calles, en baños, borracho
frente al urinario, serás fuego
conversado en frío.
En los límites de cuatro cuerdas

— mis piernas y brazos —
con el placer de saberme instrumento
iré feliz y lleno de paisaje
suficiente para un mundo.

CASA Y HOGAR

Dentro de la casa hay otra casa
demolida en recuerdos, ampliada al tacto.
Es casa a oscuras, ilimitable,
la huelo y menstrúa. Con taquicardia
la palpo a tientos, de noche, donde sea
que juegue a estar ciego:
vuelve entonces de la casa, cualquier
casa, el hogar, cuando aprendo
dónde está el interruptor en la oscuridad.

Dentro del baño había un observatorio:
podía ver por el telescopio del inodoro
un anillo de Saturno, rojo sangre:
su eco de gota contra la cerámica
me enseñaba que del primer cuerpo ajeno
yo había sido uno, sido tripa.

«¡YA ESTÁS TRAJINANDO!», vaciando frascos
llenos de botones que son tesoro,
abriendo cajones con alfileres y retazos.
Ya estás bañándote en espuma de madera:
viruta bajo un mesón que recita
las rimas del serrucho.
Tienes todavía a tu abuela modista
y a tu abuelo carpintero. Están vivos
y vives de su cuidado.
No son sueño. Te preguntan
cuándo vendrás a visitarlos,
cuándo volverás al país.
Estás todavía en su esfera
de tos y tortilla de rescoldo, de idioma
entrañable que te extraña, extranjero, pródigo,
despertado en un abrazo.
Están vivos todavía, y tú entre los dos:
entre una oreja tostada de taller al sol
y una oreja pálida de velador y cocina.
Cada visita es cada vez más una despedida.
Todavía te preguntan qué querrás de almuerzo
en la profundidad de las almohadas.

LA VENTANA DEL ATAÚD

al mentor muerto

Ridículo golpear tu puerta, hoy
membrana rajada de un tambor.
Ridículo, apurarme hacia el cuerpo
que ya no es tu casa
y no hacia donde me aguardas
y me tardo aún. Hacia entonces
mejor iría, del tímpano a la concha,
en retracto de la noticia funérea
hasta acampar mi oreja
sobre el ritmo de tu pecho:
de pronto, de pronto,
de pronto nunca más—
Triza esta ventana que no abre,
triza con ella mi reflejo. Aliéntame
de nuevo. Me acerco, te empaño
de vida y no te veo.

ABUELA

Blanca Rosa postrada
partes orgullosa a la playa
con pies desnudos sobre la arena caliente
que heredas en terciopelo negro.
Te despides de la ropa hecha con tus manos,
te sacas el dolor y las agujas,
los tumores como botones,
te desnudas incluso de quien eres
para no reconocerte más, e igual amarte
(no te puedo despedir, pero te recibiré)
por si quieres volverte mi hija
que todavía no nace.

EN TRANCE DE CREACIÓN



BEETHOVEN, *Sinfonía Pastoral*, Mov. II

Oigo el hay, que sí hay, que hay cerca,
que ya no estoy perdido
y voy por el buen camino:
que hay agua, hay río
fijo e inquieto, cerca, más cerca,
que corre desde lejos y hacia lejos.
Descorrido un telón de coligües
su voz va a salpicarme—
una gota dio en el ojo, otra en el verso,
ambos chuparon— tu página, esta,
estuvo mojada.

EL PUMA

Cuando fui a sentarme al bosque
y me salió el puma, ¿me come?
¿Se me acurruca? ¿Sabe
del amor y de la maravilla
que disipan el miedo en esta mente
detrás de estos ojos que lo ven?
Oigo dos huesos de mi pierna crujir
como tubo de ensayo roto
en laboratorio de escuela
y su ronroneo, su belleza feroz
bajo mi mano anegada de pelaje
ocre dorado.

UN GAJO DE MANDARINA

Basta con lamer la nervadura
que relampaguea a cada lado
de un gajo de mandarina
y sostenerlo entre los portales
dentados de la boca, girándole en cerrojo
la llave de la lengua
como al lóbulo de una oreja amada—
basta con eso, demorar el comerlo,
para que la magia
ya no se crea, y se cree.

MI DIOS ÍNDICO

Si tuviera yo muchas cabezas
& muchos brazos & muchas manos
como los dioses índicos de piedra
que he visto húmedos de ofrendas

tendría al menos una mano con un lápiz destapado
& otra empuñando una copa
llena de licor de sol & una cabeza golpeándose
frescura bajo una cascada
más una frente hipnotizada por la hoguera
& un dedo sobre el obturador de ebullición, que gotea.
Tendría también una mano abierta besada
por las lenguas con que avanza
una estrella de mar viva
& bajo un brazo, enrollado, uno de esos manuscritos
eternos, internos, fallidos, mentales
propios de bibliotecas quemadas
& un hombro de joven violinista
entregado a un viejo y buen violín, al fin.
En cuanto a pies, mi dios índico
sobre un nido de cables, en trance de escenario,
pisaría justo el pedal de efecto
que cambia al mundo por accidente
durante una canción
& bajo cada uña sucia de pintor
guardaría la receta
para una sopa primordial. Tendría por último
unos pies de astronauta en calcetines

flotando frente al tondo de la ventana
de la estación espacial
con el planeta, redondo al fin.
Nadaría mi dios índico
allí donde la vida es imposible
guiñándonos desde ese total afuera
que nuestro más arriba
puede siempre estar debajo.

NO INSECTARIO

para Mary Anne Müller

I

Un mosquito, trompeta solista con sordina, tras el mosquitero de la ventana. Y dos moscas que se chocan como cuentas de rosario. Y un buitre lejos en el fondo... suma de alas delicadas con zumbido y alas grandes mudas, en mi ración cuadrada de cielo.

Hablaban mientras una mariposa era cercada por avispas. Discutían y una avispa asestaba contra la mariposa. Sin atender el infierno entre el mosquitero y el vidrio, hablaban y la mariposa se sacudía la primera avispa mientras otra la asestaba de nuevo, y no recuerdo lo que hablaban más que no dijeron mordida ni aleteo, solo recuerdo que no hacían más que hablar, y que no hice más que mirar.

2

Es difícil no matarte
y en vez decirme *mamá de ti*
hasta saciarme, el brote de mis dientes
e insultos, lo toleraste; celaste mi vida
más que la tuya. Bebe de vuelta, mamá zancudo,
tu don de sangre; te erigiré la cúpula
colorada de la roncha— querría rezar
al rascarme la picadura. Pero sin cuidado

te barrí por comodidad. Madre,
te he matado siglos de veces.

3

Migajas, casi hostias del porte de una rueda de tractor sobre hormigas que van al trabajo, se sumergen en el metro, vislumbran un amigo y se transmiten, antena contra antena, cuanto atenaza. Fletes, también cortejos funerarios. Tal cual va el rebaño de cualquier ciudad, contándose al sueño.

Rodó soles de estiércol la noche diminuta del escarabajo.
Rueda la araña un escarabajo, aceituna en gasa.

La pequeña polilla sobre la pantalla pornográfica, conmovedora sobre las láminas eléctricas que descargo, a mi pesar. Le soplo mi fe— no en su vida siguiente, sino en esta, ya es mi profesora.

4

Un poder morirme corretea del rincón
del cuarto hacia mi cama: pienso en los tantos
ojos de la araña, y en que somos tontos, incapaces
de contener su mirada, cuando esta sí contiene
los ocho seres posibles
de una sola y nunca
misma persona.
Si hemos también pendido, congelados en la luz,
tan asustados como peligrosos,
en vez de aplastarnos contra la araña
admirémosla por un momento
en un vaso vacío tapado, por ejemplo, con este libro

y con gesto de «salud» démosla de vuelta,
muerte posible, a la vida. A ver si,
cuando tengamos ocho patas,
nos dejamos de tropezar.

5

*Porque caminan con el estómago.
Porque crujen, pero saben amar sin rigidez.*

ISABEL ZAPATA

De ida me crucé con un alacrán: su cuerpo de perlas engarzadas me inspiró respeto y no barrí, miedoso, con su veneno; en esto no hubo esfuerzo, sino comunidad: presentí un poema adelgazarse hasta el grueso aguijón. De vuelta por un sendero frondoso, a paso redoblado con chispas para mi cuaderno de paja y mi libro de trigo, debí detenerme: pedía alojamiento en mi apuro el otro tiempo de un caracol que casi pisé, que me sosegó y demoró a metros de mi portón. Con los ojos cerrados y una mano quieta y plana junto al caracol, aguardé hasta que él montara mi palma y trazara sobre ella su propia frase de baba arcoiris. Fui una piedra tibia y palpitante. Abrí los ojos, empecé a contar a mi alrededor tres, diez caracoles que no veía y que pude haber pisado. Creí escucharlos mientras el paso de uno sobre mi piel evocaba las tiernas mordidas y succiones del amante. Abrí los ojos, retomé el sendero lentamente, entre matices más sutiles de verde, y mi sigilo detuvo a un gato sobre un muro y a un perro tras una reja. Todos nosotros de ojos abiertos.

UN MUSEO

*Retrospectiva de Cartier-Bresson,
Atheneum, Helsinki.*

Al fondo la lluvia, lista, pronto
hará imposible esta visión

untada con bromuro, esta
rebanada de luz.

Las sombras de los tejados de enfrente
están que muerden.

Duerme mientras
bajo el mesón.

Un pestañeo
de barandilla da al

ojo del bombardeo,
patio de juegos ahora.

Deja de plegar las sillas justo
al borde del desorden.

Afila todavía esa sombra aguda:
su dedo índice de la tarde

y su palma de adelanto nocturno.
Queda asomada por la ventanilla

de una puerta cerrada.
Viendo a un ciego

rozar el muro de gasa con su bigote.
Y un brazo muscular: supravenoso

cuello de caballo. Y la piara: canoas.
Un expreso después de la saturación

vuelvo a la niña estrella que sobresale
de la bandera y la marcial fila

empuñando la flaccidez de un tallo
con dos fucsias cabizbajas al final.

Había que enfocarlo bien
para que nunca ocurriera de nuevo.

UNA IGLESIA

*Sankt-Katherinen-Kirche,
Hamburgo.*

Cuando se cambian los registros del gran órgano
es un mientras con tanto: oímos el tirar
y empujar de cajones, más bien rollos
de pergaminos enterrados
como espada en la piedra o brazo en el espejo,
y no sabemos si vendrá un cello
con cuerda esforzada hasta zumbar libélulas
o un corno en cacería, con sabueso atento— Cesa
el silencio denso de expectativa:
reverbera, redondea el gran órgano
las esquinas de esta iglesia
construida para que el sonido
fuera igual de vasto que la luz.

UN BAR

Me levanté de mi mesa esquinada,
rodeada de vocerío: llamaban.
No podía escuchar bien
al otro hemisferio, al sur caliente
que acarreo tiritando.
Video-llamada con ventana
a un ataúd con fondo
de madre emocionada—
idiomas, océanos entremedio.
Había muerto mi abuela,
mi abuelo agonizaba;
segundo cajón con familia
adentro y entorno
que cargo al cementerio
en mi teléfono.

UN CRUCE DE AVENIDAS

Si no me pasó a mí
el camión por encima de las piernas,
¿por qué no puedo hablar
ni comer ni despegarme
la visión de esas piernas ajenas, rotas,
dadas vuelta, expuesto su cableado
y sus capas de asado, grasa de cerdo
amarilla y de madera, la pata de mesa
astillada, remojada, devuelta por la marea
entre jirones de un mantel piel
humana hace tres minutos?

Come conmigo, con asco, el dolor que vi.
Cualquiera sea la facilidad y fuerza en nuestras piernas,
vaya a ella quien dejó, de la cadera para abajo,
su tesoro de caminatas y escaladas posibles
tachado en un cruce de avenidas.
Lee mientras escribo lo que no puedo hablar
con este lápiz que tiembla
en vilo, en mi mano, a punto.

ALGUIEN aleja un teléfono de su oreja
como baja su revólver un suicida fallido.

Alguien va con la mirada adonde cree
que alguien más lo está mirando.

Alguien les pone los puntos a las íes.
Alguien habla para pedir dinero.

Alguien vuelve a su lectura y no puede leer.
Alguien recuerda a una persona a través de otra.

Alguien disimula un desequilibrio en danza.
Alguien se cansa de hablar en inglés.

Alguien se encierra y patalea,
pero escucha. Y lo que escucha
lo transforma.

IV
PRÓLOGO AL FINAL

... agrandó la o del yo.

MIRTA ROSENBERG

Adónde iré si le susurro a quien soy que se vaya.

ERIKA MARTÍNEZ

Para cuando esté muerto
y porque estaré muerto, para que vida
y lectura fermenten, e inebrie— Yo invito,
porque puede olvidárseme
que lloré agradecido, y que hará frío...
¡Yo no sé! Yo invito
al placer no saber, para saber
solamente, de siempre nuevo, una primera vez
omnipresente, que da miedo.

Porque a veces las canciones que necesitamos
se esconden incluso en la punta de la lengua,
vente no más, mezclemos nuestros ratos.
Viajemos tras una música
y no sepamos, que dé lo mismo...
pues si vale la pena, habrá pena.
Toca al trilobite vivo
y esta página te lamerá la mano.

Yo invito... ¡No sé! No se ve, ve
al quiebre de cualquier idea, por ejemplo,
con una pala puesta junto a la cama
para palparla primero
al despertar. Y sin capear
las enseñanzas de la risa, del estornudo,
por el ramo de los nervios dentro tuyo, vente
desde muchas ramas hacia muchas raíces

a esta voz que aún se afina,
a nuestra unión en las preguntas
engarzadas al centro de un giro.
Aquí no esconderé mi hilacha:
la recitaré con el cuerpo entero.
Este presente emboscado,
novela pulmonar
donde me despido, monstruo,
donde te reclamo, amigo.
Eso, muéstrame
lo peor que hayas hecho
para allí hermanarnos.